Los “no lugares” 14/12/2012

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Autopistas, habitaciones de hoteles, aeropuertos, centros comerciales y supermercados son lugares de tránsito, pero más precisamente son lo que el antropólogo francés Marc Augé llamó “no lugares”. Espacios donde nadie echa raíces. Son ámbitos de anonimato donde nos movemos rápidamente sin establecer relaciones sociales significativas.

Curiosamente las ciudades en el mundo empiezan a llenarse de “no lugares” todos ellos muy similares. Encontramos cadenas de tiendas comerciales, restaurantes de comida rápida, u hoteles, que resultan un calco, unos de otros. No tienen historia, no nos exigen nada excepcional. Basta con conocer uno de ellos, para discurrir sin problemas en todos los demás. Ya sabemos qué hacer y cómo comportarnos por lo que nos movemos sin sobresaltos y sin novedades. Sólo buscamos relacionarnos con los objetos que queremos o los destinos a los que buscamos llegar.

En el pasado, cuando viajábamos a una ciudad que no conocíamos íbamos a la plaza principal o al mercado. Allí veíamos a sus gentes, sus costumbres, sus productos. Podíamos oler, sentir, escuchar y ver a esos otros desconocidos en entornos llenos de historia, colorido y significados. Hoy en día llegamos a una ciudad y lo primero que encuentras es a la gente recomendándote visitar sus centros comerciales, un supermercado recién inaugurado o un nuevo restaurante de comida chatarra de alguna cadena nacional o internacional.

Hemos dejado de ser caminantes curiosos: ya no exploramos las ciudades con ingenuidad y sorpresa. Más bien conocemos las ciudades a través de programas televisivos de viajes, de guías detalladas de turismo o de páginas WEB que nos indican con detalle todo lo que deberíamos saber de ellas. No nos quedan muchos desconciertos. Por el contrario, resulta sospechoso ver a una persona adulta caminar sin rumbo fijo buscando explorar un destino, no tener un viaje planificado o carecer de una guía turística.

Estas reflexiones me asaltan estos días previos a las fiestas navideñas cuando las personas salen desaforadas en masa a comprar todo lo posible. Siempre la misma angustia por recorrer la ciudad con el fin de apropiarse de lo que está de moda, de lo que se debería tener.

Debo confesar que a mí como a muchos, este frenético desfile por “no lugares” para celebrar una festividad religiosa que va perdiendo significado debido al consumismo, me pone los pelos de punta. Uno no sabe dónde meterse cuando la ciudad se convierte en un territorio tomado por compradores compulsivos que recorren las calles buscando gangas, comiendo de forma apurada, desesperados por recorrer lugares por los que en verdad no pasa nada porque no se tienen los sentidos dispuestos para ver, sentir, oír u oler lo desconocido.

Tal vez estoy fuera de moda y siempre lo estuve con este tema de las grandes celebraciones, pero no cabe duda de que los “no lugares” nos empiezan a engullir. De allí la desazón en estas épocas: lo que debería tener un significado profundo, no lo tiene; entonces no sabemos dónde mirar.